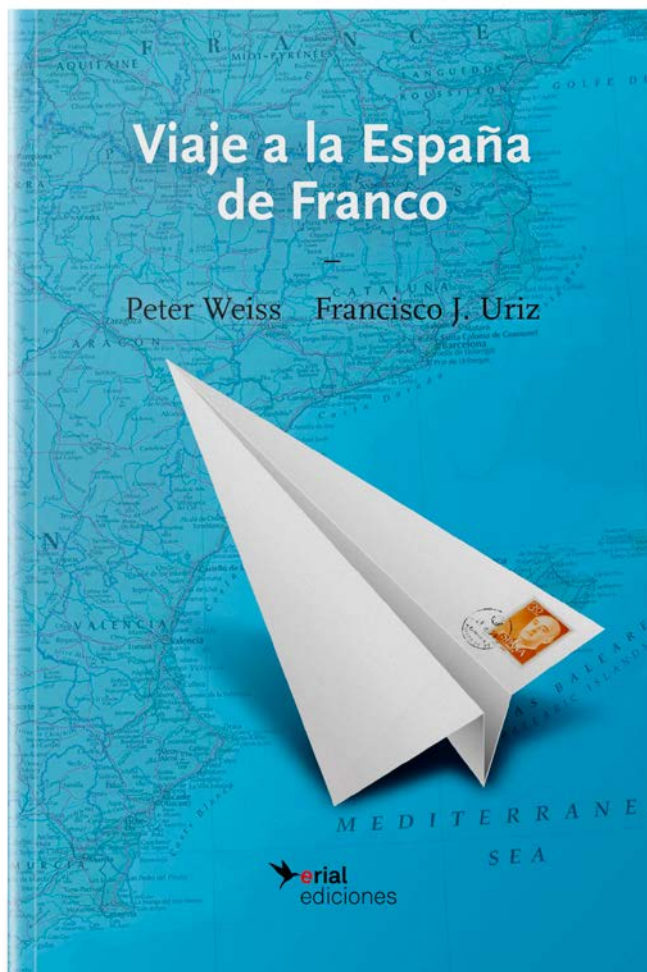


Reseñas

Bienvenido, mister Weiss

Juan Marqués

Peter Weiss / Francisco J. Uriz; *Viaje a la España de Franco*. Zaragoza, Erial Ediciones, 2016. 208 páginas



Creo que un buen propósito que uno podría hacerse, aunque tal vez demasiado ambicioso, sería intentar llegar a la edad de la jubilación con la mitad del entusiasmo, la curiosidad y, sobre todo, la capacidad de trabajo que Francisco J. Uriz ha conseguido mantener hasta sus ochenta y cuatro años. Y la cosa continúa: solo en este 2016 ha publicado una selección de sus piezas teatrales (*Decidme cómo es un árbol*, en Libros del Innombrable), aparte de la traducción del último libro de

Kjell Espmark (*La creación*, en Bolchiro Editores) y de una antología de poemas de Lina Ekdhal (*En estos tiempos*, en Libros del Innombrable), mientras que junto a su mujer, Marina Torres, ha salido triunfante de ese verdadero desafío que era verter al castellano la estupenda novela *La partida de los músicos*, de Per Olov Enquist (en Nórdica Libros). Y, mientras prepara nuevas antologías de Claes Andersson o Lars Forssell, otra cualidad que hay que envidiar a Uriz es su buena memo-

ria, a juzgar por la aparición de su otro hito bibliográfico de este año: la oportunísima publicación de *Viaje a la España de Franco* (en Erial Ediciones), un volumen precioso en el que el poeta y traductor zaragozano ha extraído de los diarios de Peter Weiss todas las entradas relacionadas con el viaje que hizo a España entre marzo y abril de 1974. Y a esas páginas, que constituyen el corazón del libro, Uriz las ha rodeado de otras piezas que explican, matizan, enriquecen y no solo com-

plementan, sino que completan esa crónica. Aquellos dos hombres que viajaron juntos vuelven a reunirse, pues, en un libro que expone las dos versiones de aquella peripecia en busca de fantasmas.

Weiss no quería. Mundialmente famoso ya tras el estreno en 1964 de su *Marat/Sade*, andaba tras la pista de Max Hodann, un médico alemán que había viajado como voluntario a la España de la Guerra Civil para asistir a los heridos del bando republicano en algunas poblaciones de Albacete. Weiss quería escribir sobre Hodann en su novela *La estética de la resistencia* y, obsesionado por el realismo radical, queriendo garantizar la completa veracidad de lo que escribiera sobre él, acumulaba todo tipo de datos, esenciales o menudos, sobre el conflicto, sobre la geología de la zona, sobre la alimentación en Levante durante la guerra o sobre los dibujos que exhibía el artesonado de determinada columna del mercado de Valencia... Cualquier dato real y comprobado le interesaba, y para ello contaba con la ayuda de Uriz, que le llevaba diversos materiales sobre España, sobre su historia y su vida cotidiana, sus costumbres y su flora, su presente y su pasado. Llegó un momento de bloqueo en el que se presentó como claramente inexcusable una visita al lugar de los hechos, pero Weiss, comunista cabal, no se mostraba dispuesto a pisar un país gobernado por un militar fascista. Al final, alentado por Uriz, cedió, y lo que se encontró, esencialmente, es una pregunta que él no se esperaba: “esta extraordinaria amabilidad humana en España, esta voluntad de ayudar, la facilidad con que se establecen los contactos. La persona a la que preguntas te escucha, se toma tiempo, se interesa por el problema que se le plantea ¿cómo ha podido este país estar sometido por el fascismo?” (pág. 122).

Al final, más que sus pesquisas sobre Hodann (que fueron exitosas,

aparte de fecundas para su novela, como nos explica mejor Uriz en su contextualización que Weiss en sus notas de campo), el hallazgo que más atrapa e interesa a los lectores es el de esa buena disposición que el escritor sueco-alemán encontró entre los españoles para ayudarle, y eso fue así incluso entre las “fuerzas vivas” de las poblaciones por las que pasaban, incluidos alcaldes y guardias civiles. Ese detalle es el que convierte *Viaje a la España de Franco* en un libro importante, en cuanto documento que trasciende su propia anécdota para hablar muy atinadamente de un tiempo, de un lugar, de un ambiente, de una suerte de transición política y de cambio de mentalidad social que ya se estaba produciendo entre la gente normal antes de que se pudiese plantear llevarla a lo oficial, y en la que, como queda dicho, participaban con gusto incluso las autoridades.

Uriz ha hecho bien en colocar su versión de los hechos al principio, porque, aparte de trepidante y divertida, es simplemente necesaria para entender plenamente los cuadernos de Weiss (donde éste tomaba notas lacónicas de detalles meticulosos, un punto obsesivos: “el techo rojo, con relieves”, “detrás del granero un alto montón de estiércol”, “en el cuartel de la Guardia Civil estaban alojados mil hombres”...). Y el libro, que se ha abierto con un prólogo de Gunilla Palmstierna, viuda de Weiss, se redondea con apéndices en los que Uriz explica sus frustrados pero tenaces intentos de convertir los descubrimientos de aquel viaje en una película (que pudo producir Querejeta y pudieron dirigir Borau o Gutiérrez Aragón), y después se hace un *flash-back* para explicar cómo había podido producirse años atrás, en 1968, el estreno en España de *Marat-Sade*, promovido por Alfonso Sastre y Adolfo Marsillach (entre las páginas 181-182 se reproduce una carta de Sastre

al matrimonio Uriz-Torres que constituye otro testimonio locuaz y desazonante sobre la situación del teatro bajo la censura), para acabar cerrándose todo con el documento más antiguo, una entrevista inédita de Uriz a Weiss en 1965.

En este volumen obtenemos, pues, aparte de otra pieza más de esas singularísimas memorias que Uriz nos va regalando poco a poco, y aparte también de informaciones sobre Weiss, mal conocido en España (“Lo inhumano en las condiciones de trabajo es lo que me llevó al arte”: pág. 116), un cuadro espléndido, a veces costumbrista y a veces sublime, a veces berlanguiano (ese lugareño que, treinta y cinco años después, no había podido olvidar el busto de una corresponsal noruega...) y a veces bergmaniano (ese momento en que Uriz salva a Weiss de ser engullido por un agujero subterráneo...), de una España desesperadamente ansiosa de levantar cabeza, de ventilarse, de demostrar una abertura y una hospitalidad que no alcanzaban solo a los turistas. Frente a las paradigmáticas suecas de las películas de Alfredo Landa, un escritor sueco comunista que anduviese investigando temas relacionados con las Brigadas Internacionales, los hospitales de campaña, las luchas ideológicas internas de los grupos de izquierdas, la opresión y la represión... también iba a ser convenientemente atendido.